

LA TRAMPA DEL ACTIVISMO

A. Aláiz, cmf

1) Desbordados.

En ejercicios y convivencias, en retiros y reuniones, la lamentación es unánime: “Estamos agobiados, atosigados”... Pocos religiosos escapan de las salpicaduras del “activismo” que enfebrecce nuestra sociedad. La vida se ha convertido en un frenesí. Ya no se anda, ya no se corre... ¡se vuela!. Unos por necesidad, otros por una especie de desasosiego interior que los empuja a la acción como a otros les empuja hacia el cigarrillo o la droga. Unos por imperativos económicos, otros por evasión y otros por una especie de nerviosismo compulsivo contagiado. El hombre moderno no disfruta del placer de detenerse. Tiene la impresión de que correr es vivir...

“Hemos convertido la vida –ha dicho muy gráficamente Phil Bosmans- en una autopista entre la cuna y el sepulcro”.

El origen de la “esclavitud del activismo” en la vida religiosa es múltiple y de difícil simplificación.

A veces la multiplicación de actividades y la disminución de agentes, sobre todo cuando hay que seguir cargando con compromisos antiguos que traban. ¿Quién no conoce parroquias, colegios, centros asistenciales para cuyas actividades había una comunidad de ocho o nueve religiosos/as y ahora se ve reducida a tres o cuatro? ... Es explicable que uno se recoma ante los inmensos trigales, ya maduros, al ver que gran parte de la cosecha se malogra por falta de segadores. Es lo que le pasaba a Pablo en Atenas: “Se le recomían las entrañas” (He. 17, 26). Cualquiera que se ponga a tiro, pronto se sentirá acosado por el Reino de Dios.

“¿Podría enviarme algún religioso más; Podría enviarme algún sacerdote más...?”, “¿Podría encargarse su comunidad de...?; podrían atender Uds...?”. – preguntan obispos, comunidades cristianas, movimientos llamando a la puerta de los provinciales, de los superiores, de las comunidades... Es el clamor de los que piden pan. Y, por otra parte hay que suscitar hambre en los que no la tienen; hay que acercarse a los alejados. He escuchado a comunidades enteras decir: “Nos va a dar a todos un infarto; esta situación es insostenible”. Me han causado gracia algunos amigos que me aconsejan: “no trabajes tanto, ¡por Dios!; estás abusando un poco de tu salud; no adquieras más compromisos”... Y, a los pocos minutos, suplicarme: “¿Me harás un par de articulitos para mi revista, verdad?”... Te estás contradiciendo –les advierto-. Pero me replican: “Bueno sí, pero, total, lo mío no te cuesta nada...”

“La mies es mucha, los obreros pocos” (Mt 9, 37-38). Y esto, sobre todo, porque como es evidente, ha decrecido el número de obreros y los compromisos apostólicos y pastorales, educativos, son más numerosos. Se ha creado un desajuste peligroso. Por lo demás, parece que renunciar a posiciones duele tanto como una mutilación congregacional o, al menos, provincial.

Otra razón de nuestro activismo es el desconocimiento del Cristo contemplativo. Admiramos al Cristo de una jadeante actividad profética pero ignoramos al Cristo de las largas horas de contemplación. Conocemos “la teología de la Acción”, pero ignoramos la de la contemplación y el silencio. Desde el “todo es oración” nos autojustificamos.

Ciertamente, “todo es liturgia, todo es Eucaristía”, cuando está animado por el amor, cuando el vivir es servir. Pero ¿el vivir será servir, sin oración? Ni una Marta enloquecida por sus ocupaciones, ni una María sentada a los pies del Señor trabada por su propia inercia. El equilibrio es difícil.

Cuando uno tiene la inexplicable experiencia de la contemplación, sabe lo que es la comunión, se ve a sí mismo en Dios y en esa visión descubre su proyecto y la fuerza para realizarlo. De ahí que la contemplación lleve a la acción inexorablemente y el que hace historia, según Dios, esté en el camino de la contemplación verdadera. No separemos dos realidades, que no son sino aspectos de una misma cosa. Si embargo, hay que destacar la frase de Jesús. “María ha escogido la mejor parte” (Lc 10, 38-42). Con ello se proclama algo que ningún religioso/a debe perder de vista: la primacía la tiene siempre y en todo la Palabra de Dios y la comunión con Él.

Gran parte de los religiosos/as han dado un viraje demasiado radical. De la reclusión aislacionista en los conventos y casas religiosas, siendo los grandes “ausentes” de los dramas humanos que acontecían al pie de los muros de la casa religiosa, han pasado a la huida del silencio contemplativo, al activismo vertiginoso.

Huida que tiene otra explicación en la borrachera de la eficacia. Estamos en una sociedad en la que cuentan los resultados tangibles, las unidades producidas, las horas de trabajo. El hombre sólo siente la alegría de ser creador cuando suma resultados. Cuando entramos en contemplación nuestras tareas se detienen, la larga lista que nos espera en la agenda sigue intangible, los asuntos que nos urgen siguen pendientes y se siente la impresión de haber traicionado a los hombres y de haber malgastado el tiempo.

Hay muy pocos que sepan “dosificar”, que sepan “guardar los ritmos”. Alguien decía que quien no sepa comprender y valorar la contemplación y el valor del celibato religioso está en estado salvaje. La capacidad de silencio contemplativo es el indicio de la densidad de una personalidad. La verdad es que estamos invadidos de una psicosis de acción, de un activismo patológico. Como alguien ha dicho ingeniosamente, “nunca se ha corrido tanto para ir a ningunas parte”.

2) Huir de sí mismo

En realidad nunca hay tiempo para lo que infravaloramos; siempre hay tiempo para lo que consideramos vital. Hasta que no nos convenzamos de que la oración es nuestro oxígeno vital, no se verificará nuestra conversión a ella.

Hay cierta explicación que al hombre que cuesta aceptar plenamente y que le agujonea para huir de la reflexión contemplativa- es el trabajo como “droga”, como fuga de sí mismo, como evasión. Huir de nuestro yo profundo como se huye de un acreedor. Se evita el “cara a cara”, y por eso nos ausentamos de nosotros mismos mediante la actividad. Somos pródigos que huyen de su propia casa. Nos desorbitamos. Muchas personas no han tomado posesión de sí mismos; no han entrado en la casa de su propia intimidad. Alguien “desde nuestro interior” nos cita, pero le tenemos miedo y echamos a correr para dispersarnos en la acción. Cómo niños que han hecho alguna travesura y no quieren retornar a casa... ¿No era esto, tal vez, lo que le ocurría a Pablo cuando daba coces contra el agujón? (He 26, 14). Vivimos extraños a nosotros mismos. “Esta fuera de sí”, decimos de quien tiene sus facultades perturbadas. Todos estamos un poco fuera de nosotros, en las “cercas del castillo” que diría Santa Teresa.

Con frecuencia las persona se autoengaña, inconscientemente la mayoría de las veces pensando que va a eliminar su angustia entregándose a una actividad desbordante y absorbente. Pero eso no es más que una solución provisional al problema.

Conozco bastantes situaciones en este sentido. *Al religioso/a que viene arrastrando incertidumbres vocacionales, conflictos sin resolver, las responsabilidades halagadoras, los éxitos pastorales, la borrachera de una acción que impide pensar, hacen que el problema o crisis se duerma como un cáncer sometido al tratamiento de la actividad, pero pasada la euforia y venido el desencanto, el cáncer se reaviva con mayor voracidad.*

Hermanada con esta necesidad enfermiza de evasión, hay otra explicación del “apasionamiento” por la acción. Los psicólogos hablan de una “actividad insana”, algo neurótica. Una búsqueda equivocada de la propia afirmación frente al mundo circundante. Se identifica el ser con el hacer.

3) Urgencia del silencio contemplativo

Pablo VI llama al hombre moderno “el gran distraído”.

“Se ha salido de sí mismo, se ha ausentado de sí; ha perdido las llaves de su intimidad y no sabe cómo regresar a su interior”...

Hoy se habla mucho de la Teología de la Palabra y de la palabra; necesitamos redescubrir la **“teología de silencio contemplativo”**. Dispersos por la acción nos cuesta recogerlos. Sentimos dentro de nosotros mismos una irresistible fuerza centrípeta, no para darnos, sino para divagar con una imaginación repleta de impresiones y sensaciones que “embotan” el espíritu.

El activismo: otra tiranía que nos oprime a los religiosos de hoy. Es otra forma de alienación; otra fuerza ciega que nos arrastra y que, a la postre, empobrece nuestra vida.

Un Capítulo General recientemente celebrado, denunciaba con franqueza en una carta a todo el Instituto, “... el abandono alarmante de la oración tanto personal como comunitaria, desde el momento que no ha llegado a personalizarse un convencimiento en otros tiempos mayormente sostenido con soportes reglamentarios ”.

El P. René Voillaume, en unas charlas dadas a la CLAR, llegaba a decir con fuerza estas palabras: “... Hay que redescubrir el gran valor de la oración. No se trata de métodos, sistemas, reglamentación de la oración, sino de su valor. Esto tiene que llevar también al redescubrimiento del silencio necesario y no formalístico”.

El hombre de hoy no sabe cómo parar su actividad. Necesitamos redescubrir algo así como el “descanso sabático”, es decir, la ley divina que dice que, de vez en cuando, es necesario parar el trabajo ordinario, para “descansar para otra cosa”.

Hemos perdido el sentido de lo que podríamos llamar “vacar a Dios...”, como si perdiéramos el tiempo. Es llamativo ver que hay gente que ni cree ni tiene religión y hoy comienza a buscar el modo de lograr ese “detenerse”; lo buscan en las escuelas de yoga, zen, escuelas de oración, dinámicas de relajación y control mental, etc.

Pienso que, en realidad muchos de nosotros/as podemos vivir muchos y muchos años sin habernos encontrado amistosamente con el Señor, a pesar de sernos “más íntimo que nuestra propia intimidad” - en expresión de San Agustín - a pesar de que es el fondo de nuestro propio ser. Es como el hijo que, viviendo con su propio padre, no se encuentra nunca con él. Y con todo esto estamos llamados a vivir tan compenetrados como el fuego

y el hierro incandescente, la luz y el cristal traspasado por ella. El hombre “disipado” es como el niño que viaja con la nariz “achatada” contra el cristal del coche(carro), absorto en los numerosos anuncios multicolores, sin percatarse que lo más importante va dentro: es él mismo, sus padres, sus hermanos, la charla familiar...

Corremos el peligro de dejarnos llevar por el activismo... y que tan sólo al final de la jornada, cansados de trajinar sin sosiego ni físico ni psíquico, cumplamos de “un tirón”, por salvar un poco la tranquilidad de nuestras conciencias, unos ratos de quietud física que tantas veces se convierten en una lánguida oración...

4) O contemplación o desintegración

No es preciso recurrir a argumentos evangélicos para avisar len peligro de desintegración que amenaza a la persona “desbocada” en su actividad. Los psicólogos y psiquiatras saben muy bien que la persona necesita silencio y paz para “reencontrarse” consigo misma y con el sentido más profundo y pleno de su vida. Un silencio no misantrópico sino reflexivo y “extático”. Silencio oracional.

Este es el único camino para llegar a la autoposesión, al reencuentro consigo mismo, con Dios, con los demás en profundidad. El filósofo Miguel de Unamuno decía que se retiraba con frecuencia a la soledad de la montaña “no porque odiara a los hombres, sino porque los quería amar más”...

Sin este silencio exterior e interior no escucharemos la Palabra, ni de Dios ni de los demás porque nos lo impedirá el torbellino de ruidos que llevamos dentro. No podremos ir ni decir nada: porque las grandes gestaciones se hacen en el misterio de silencio. Así era el vivir de María, “que conservaba en su corazón la Palabra de Dios y la contemplaba” (Lc 2, 15)

La persona que no sabe detenerse pronto se convierte en pez desfallecido que arrastra la corriente. Un cristiano que no ha aprendido a detenerse para orar, jamás llegará a ser un cristiano adulto que acaba desintegrándose, desgastándose. Pierden vigor sus motivaciones generosas; se diluye el sentido profundo de su vida... Si el nadador no levanta la cabeza para respirar, se ahoga; si el automovilista no se detiene para proveerse de carburante, difícilmente podrá seguir su viaje.

5) El agua en la giba del camello

“La oración es el agua en la giba del camello” – ha dicho muy expresivamente Robinson.

La revista TIMES envió un periodista a Calcuta para que hiciera una entrevista a Madre Teresa y recogiera información en directo sobre su vida y la obra de las Misioneras de la Caridad. Para ello obtuvo permiso para convivir con ellas. Pasados quince días, “empapado del ambiente y con el maletín lleno de informaciones”, va a despedirse de Madre Teresa. Le muestra su admiración por la gran humanidad de la obra, por la ternura de atención “a los pobres más pobres”, por el buen funcionamiento... “Una cosa no entiendo, Madre Teresa –le señala antes de despedirse-: he visto colas de gente que esperan sus cuidados y ayudas; y, sin embargo, ustedes hacen mas de tres horas diarias de oración. Tres horas de oración por 3.000 religiosas que son, significan 9 millones de horas que restan al servicio de los pobres...”. La Madre Teresa le miró con cierta amistosa compasión y con una sonrisa llena de tristeza y le dijo. “Lo siento, pero Ud. No ha entendido nada de lo nuestro”... Y se despidió cordialmente de él.

A quien me pone como excusa para reducir su tiempo de oración las muchas tareas y compromisos, le digo con amable y sencilla ironía: ¡No serán tantos como los de Jesucristo!. Sin embargo, según los evangelistas, él jamás se dispensó de la oración.

Cuando era arzobispo de Bologna (Italia) el cardenal Giacomo Lercaro dirigió una encendida exhortación a un grupo de sacerdotes sobre la urgencia de la oración. Proponía como un mínimo exigible una hora dedicada a ella, sin contar con la celebración de la Eucaristía. En el coloquio, un sacerdote se levantó para objetarle: “en muchos casos, en el mío propio ejemplo, esa tasa de tiempo es imposible. Tengo que atender a la parroquia, dar clase, animar grupos...” El cardenal se quedó callado por unos instantes, luego, sonriéndose con una plausible benevolencia le dijo: *“Tienes razón, tú y los que están en una situación como la tuya no tenéis que hacer una hora de oración, sino dos...”*

“La oración en común -afirma el documento *“La vida fraterna en Comunidad”*-, se ha considerado siempre como la base de la vida comunitaria... La comunidad religiosa, como una respuesta a la invitación del Señor “velad y orad”(Lc 2 21,36), debe ser vigilante y tomar el tiempo necesario para cuidar la calidad de su vida. A veces la jornada de los religiosos/as que “no tienen tiempo”, corre el riesgo de ser demasiado afanosa y ansiosa y, por lo mismo, puede terminar por cansar y agotar. En efecto, la comunidad religiosa está ritmada por un horario para dar determinados tiempos a la oración, y especialmente para que se pueda tener tiempo para Dios...

La oración hay que entenderla también como tiempo para estar con el Señor para que Él “pueda obrar en nosotros”, y entre las distracciones y fatigas pueda invadir nuestra vida, conforta y guiarla, para que, al fin, toda nuestra existencia pueda realmente pertenecerle...” (nº 12, 13)

Juan Pablo II, por su parte en la exhortación sinodal “Viíta Consecrata” afirma: “La llamada a la santidad es acogida y puede ser cultivada sólo en el silencio de la adoración ante la infinita trascendencia de Dios. Debemos confesar que todos tenemos necesidad de este silencio cargado de presencia adorada: la teología, para poder valorizar plenamente su propia alma sapiencial y espiritual; la oración para que no se olvide nunca de que ver a Dios significa bajar del monte con un rostro tan radiante que obligue a cubrirlo con un velo (Ex 34,35)...; el compromiso, para renunciar a encerrarse en una lucha sin amor y perdón... Todos, tanto creyentes como no creyentes, necesitan aprender un silencio que permita al Otro hablar, cuando quiera y como quiera, y a nosotros comprender esa palabra. Esto comporta en concreto una gran fidelidad a la oración litúrgica y personal, a los tiempos dedicados a la oración mental y a la contemplación, ala adoración eucarística, los retiros mensuales y los ejercicios espirituales”. (n. 38)

6) Redescubrimiento de la oración

En muchos sectores de la Iglesia se está redescubriendo con fuerza la imprescindibilidad de la oración profunda. Y lo que es más importante en este despertar espiritual es que se está dando como hecho eclesial en la experiencia de muchos cristianos y de grupos de cristianos que van optando por una recuperación del sentido de la liturgia y de la oración en comunión eclesial adoradora.

Pablo VI, en una de sus audiencias, decía con su palabra tan precisa y tan preciosa: “La Iglesia ama la acción, pero no como valor primario, sino como una concreción de un valor anterior de importancia suprema que es la contemplación...”.

Y es que comunicar la fe es comunicar una gozosa experiencia de Dios y eso es imposible si esta experiencia no se ha “gustado” en el silencio adorante de la oración. En ella se incuban las grandes decisiones, se concitan todas las fuerzas interiores hacia los valores esenciales de la vida; en ella se reviste el creyente de la fuerza de Espíritu por la confianza en Dios que alimenta el encuentro con Él.

Con la justeza que le identifica, ha dicho Santo Tomás que el apostolado es “comunicar lo que se ha contemplado”, es compartir una experiencia que sólo se produce en la oración. Por eso decía Bonhoeffer: “El único Dios creíble es el Dios de los místicos”.

Con sus reflexiones sobre la oración, con su propia conducta con sus enseñanzas, el mismo Jesucristo patentiza que su mensaje es un humanismo exquisito. Que se anticipó a la Psicología cuando nos recomienda silencio, oración e interioridad: “Entra en tu recinto y allí ora en silencio al Padre, que ve lo oculto de tu corazón”(Mt 6,6. Su mensaje está hecho a la medida del hombre; interpreta y señala al ser humano su propia vocación a la contemplación.

En algún momento de este escrito me he referido a la deficiencia “de” oración, pero también existen las deficiencias “en” la oración. En el fondo es lo mismo si es que dichas deficiencias son serias. Existe un tipo falso de oración que no es otra cosa que soñar en alto, o la que es sólo “hablar”, o la de la sola presencia “física”... Por eso cuando se le han quitado las “apoyaturas reglamentarias” se ha dejado de hacer, porque, en realidad, tampoco antes se hacía, porque no se sentía como necesidad vital.

7) Re-creación

“Venid a un sitio tranquilo a descansar un poco” (Mc 6,30-34)- dice cordialmente Jesús a su grupo de amigos, después de una jornada agotadora. A esto mismo nos invita a todos, antes, después o en medio de nuestro quehacer pastoral.

Es gozoso para un creyente encontrarse con un Jesús que sabe de fatigas y por eso sabe comprender las necesidades más hondas del ser humano. Las personas necesitamos reposar, “hacer fiesta”. Sometidos a fuertes ritmos de trabajo que agotan espíritu y fuerzas, necesitamos “desaguaderos”, que diría Santa Teresa, aliviaderos de tanto estrés, diríamos hoy, para que no rompa la presa...

H. Cox ha dicho que el hombre actual “ha comprado la prosperidad al precio de un vertiginoso empobrecimiento en sus elementos vitales”” Lo cierto es que todos corremos el riesgo de olvidar el valor último de la vida para ahogarnos en el activismo, trabajo, productivismo. La sociedad industrial nos ha hecho a todos más laboriosos, mejor organizados, más eficaces, pero, mientras tanto, son muchos los que tienen la impresión de que la vida se les escapa tristemente entre las manos.

Por eso, el descanso no puede ser sólo la “pausa necesaria” para reponer fuerzas, o una ¡“válvula de escape” que libere tensiones acumuladas, para volver con nuevos bríos al trabajo de siempre. Debe ser algo más... El descanso, la fiesta, nos debería ayudar “re-generar” todo nuestro ser, descubriéndonos dimensiones nuevas de nuestra existencia. La fiesta nos debe recordar que la vida no sólo es esfuerzo, trabajo y lucha. El hombre está echo también para gozar, para jugar, para disfrutar de la amistad, para orar, para agradecer, para adorar...

No debemos olvidar que todos estamos llamados y ya desde ahora a disfrutar como hermanos y hermanas de una fiesta que un día será definitiva. Hemos de aprender a saber disfrutar con sencillez y agradecimiento de los amigos, de los compañeros de comunidad, de la naturaleza, del silencio, de juego, la música, la convivencia. De lo que se trata es de darnos los medios para “recuperar” la armonía interior, la unificación de nuestro espíritu, de cuidar las raíces profundas de nuestra vida, de encontrarnos con nosotros mismos, gozar del regalo de los hermanos y hermanas; se trata en todo de “gozar de Dios” a través del regalo de la creación entera.

Con toda razón el Documento “La Vida Fraternal en Comunidad” nos aconseja así: “Saber celebrar fiesta juntos, concederse momentos personales y comunitarios de distensión, tomar distancia de vez en cuando del trabajo, gozar con las alegrías del germano”. (n 28) Esto supone que hay comunicación, que hay desahogo, que se comparte, que se dialoga, que se ríe; Que lo importante es las personas que nos miramos a la cara y que no estamos “cautivados” mirando todos en una misma dirección: *el televisor*.

Quiero acabar con un testimonio persona de unas experiencias que aprecio en mucho y que fueron gozosas y serenas, vividas en varias comunidades. En las postrimerías de la jornada, terminado el trabajo, acallada la televisión, leímos un breve párrafo bíblico; se comentaba espontáneamente y “al hilo de la vida”. Hacíamos nuestra crónica hablada, revisión de lo más significativo del día y de lo que en ello había de “signo, de llamada y de gesto salvífico de Dios”. Se subrayaban aciertos; se descubrían errores y deficiencias. Se aclaraban conflictos, tensiones, con intercambio de disculpas y largueza en el perdón.

Todo concluía con el reconocimiento contrito individual y comunitario por los pecados del día y con la oración agradecida por la gracia disfrutada y compartida y un abrazo de fraternidad. Así concluía nuestra jornada. La mejor puerta para el descanso de alma, corazón y cuerpo...